

ARTÍCULOS
DEBATES

LAS GUERRAS MUNDIALES: PROBLEMAS Y CONTROVERSIAS EN TORNO A LOS ORÍGENES*

Luis E. Boseberg

*Profesor Asociado
Departamento de Historia
Universidad de Los Andes*

Resumen

El artículo presenta algunos problemas y controversias en torno a los orígenes de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial. Aunque se trata de un recuento historiográfico que se articula a partir del que es, tal vez, el debate que más ha despertado interés, es decir, el de la culpabilidad de Alemania y el de la responsabilidad compartida en el estallido de los dos conflictos, el artículo cubre una amplia gama de controversias diversas tales como el de las duraciones –largas, medinas y cortas–, el papel de las alianzas, el de los personajes, teorías del imperialismo, mentalidades, continuidades y rupturas, así como la polémica sobre la historia diplomática, económica, política, social y cultural. Finalmente, se resalta la complejidad de la discusión y la variedad de las explicaciones.

Palabras clave: historiografía, Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, Alemania, Inglaterra, Rusia, Unión Soviética.

Abstract

The article presents some problems and controversies on the origins of the First and Second World Wars. Even though it is a historiographic essay based on what seems to be the debate that aroused great interest, i.e. Germany's war guilt and the question of the sharing of responsibility in beginning the war, the article covers various controversies, for instance the question of long-, medium-, and short-term factors, the role played by the alliance systems, imperialism theories, mentalities, continuities and ruptures, and even the debate about diplomatic, economic, political, social, and cultural history. Finally it stresses the complexity and the variety of the explanations.

Key words: Historiography, First World War, Second World War, Germany, England, Russia, Soviet Union.

Las dos guerras mundiales figuran entre los procesos más significativos de la historia del siglo xx. La Primera Guerra Mundial fue el hecho más importante entre la Revolución Francesa y la Segunda Guerra Mundial –una encrucijada de dimensiones mundiales en la que confluyeron procesos muy variados. Su nombre inicial, la Gran Guerra, reflejó una pluralidad y profundidad de repercusiones que fueron sentidas, tarde o temprano, prácticamente por toda la humanidad. Desde las invasiones mongólicas del siglo XIII no había tenido lugar un tal macroproceso que afectara a millones de personas. Fue el gran disparador de la Revolución Rusa; produjo un nuevo orden internacional; debilitó a las potencias de tal manera que, junto con la Segunda Guerra Mundial, allanó el camino para el gran final de los imperios formales o la descolonización; condujo al ascenso del fascismo y del nacionalsocialismo, y vivió el primer ejemplo de genocidio en el siglo xx con la matanza de armenios a manos de los turcos, abriendo así una era de violencia masiva.

La Segunda Guerra Mundial también produjo grandes repercusiones continentales y mundiales: el gran final del fascismo y del nacionalsocialismo; la caída de Europa y un nuevo orden en este continente; la Guerra Fría o el enfrentamiento este-oeste que tuvo sus inicios durante la Primera Guerra Mundial, y continuó con genocidios contra diversos pueblos como el perpetrado contra los judíos que condujo a la fundación del Estado de Israel y al conflicto que todavía no ha terminado

Las dos guerras fueron de tal trascendencia que han obsesionado a muchos, a sus contemporáneos y a las generaciones venideras, a los historiadores, a los políticos y a poblaciones diversas –de ahí que se convirtiese en un desafío para la interpretación. Las han estudiado los más diversos académicos con todos los métodos posibles y han sido parte de controversias políticas. Miles son las publicaciones al respecto aunque sobre los orígenes de la Segunda se ha escrito menos. Sus interpretaciones jugaron un papel político: durante el conflicto respectivo eran parte de la propaganda de cada país involucrado. En los umbrales de la Segunda Guerra Mundial los recuerdos de la Alemania agresiva de la Primera Guerra asaltaban a muchos. Después de 1945, su lugar en la historia, su relación entre sí o sus diferencias hicieron parte fundamental de la historiografía contemporánea. El presente ensayo, por lo consiguiente, no aspira a hacer una revisión bibliográfica sino más bien presenta de una manera sucinta ciertos problemas y controversias en torno a los orígenes de las dos guerras.¹

1. La Primera Guerra Mundial

Veamos los hechos que se intenta interpretar divididos en tres duraciones. Haciendo hincapié en largas duraciones, y aunque comienzan en diferentes fechas, los textos sitúan los orígenes en la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, comienzan,

¹ Para una corta revisión bibliográfica sobre los orígenes de las dos guerras, véase Jean Baptiste Duroselle, *Europa de 1815 a nuestros días: Vida política y relaciones internacionales* (Barcelona: Labor, 1983), especialmente el capítulo “La guerra y la paz” 190-215. Hay una edición aumentada de 1991.

o bien con la fundación del Imperio Alemán en 1871 y la guerra franco-prusiana, o con las rivalidades imperialistas en Asia y África a partir de la década de los 80, o con el retiro de Bismarck de la cancillería en 1890. Igualmente, otros trazan la formación de las alianzas: por una parte, la franco-rusa entre 1892 y 1894 a quienes se les sumó la Gran Bretaña, estableciendo así la *Entente* y, por otra, la germano-austríaca de 1879 a quienes se adhirió Italia formando así la Triple Alianza. De esta manera, se establecieron dos bandos sólidos y contrarios en la política europea. Las alianzas eran, en principio, acuerdos que comprometían bajo ciertas circunstancias a participar en la guerra. Debido a la existencia de imperios coloniales y del imperialismo, el sistema de alianzas daba la posibilidad de que cualquier conflicto involucrase a otras partes del globo. Si bien las *Ententes* anglo-francesa y anglo-rusa tan sólo implicaban consultas y apoyo diplomático, la participación inglesa en un conflicto también era muy probable. A todo esto hay que agregar que todas las potencias esgrimían el nacionalismo como legitimador de sus actos.

Los análisis que cubren la mediana duración tienen en cuenta las crisis acontecidas a partir de 1905. La primera de estas, 1905-1906, se inició con las pretensiones francesas sobre Marruecos. Estas generaron una tensión franco-alemana sobre el territorio africano. El apoyo que Inglaterra le dio a Francia contenía visibles tintes antialemanes. La segunda crisis tuvo lugar en los Balcanes cuando Austria-Hungría se anexó Bosnia-Herzegovina, territorio que también codiciaba Serbia. El peligro consistió en el riesgo de una confrontación de mayor envergadura, ya que Rusia apoyaba a los serbios y Alemania a los austriacos. Si Rusia hubiese actuado, probablemente Francia la hubiera apoyado. La crisis terminó cuando Rusia retiró su apoyo a Serbia. Además, en dos cortas guerras de los estados balcánicos Serbia había emergido como vencedora y expansionista –y ahora se enfrentaba a Austria-Hungría.

En términos de corta duración, la guerra se desencadenó el 28 de junio de 1914 con el asesinato de Francisco Fernando, heredero de la corona austro-húngara, a manos de un radical serbio. Los austriacos presentaron un ultimátum a Serbia, exigiéndole, entre otras, la ingerencia en este país de sus agentes en la búsqueda de los asesinos. Cuando este lo rechazó, Austria-Hungría le declaró la guerra. Rusia expresó que no dejaría aplastar a Serbia y decretó una movilización parcial contra Austria-Hungría. Alemania apoyó totalmente a este último, dirigió un ultimátum a Rusia exigiéndole la retirada de la movilización y, al mismo tiempo, pidió a Francia, una posición neutral en caso de una guerra germano-rusa. Esta se rehusó y anunció la movilización. El 1º de agosto Alemania le declaró la guerra a Rusia y el tres del mismo mes, a Francia.²

² Una buena síntesis de estos hechos en Pierre Renouvin, *La Primera Guerra Mundial* (Barcelona: Oikos-Tau, 1990); Ruth Hening, *The Origins of the First World War* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1995); Philip Bell, "Origins of the War of 1914", *Themes in Modern European History, 1890-1945*, Paul Hayes (Londres/ Nueva York: Routledge, 1992) 106-128. Los dos últimos contienen revisiones bibliográficas.

Veamos, entonces, cómo se ha tratado el problema de los orígenes. Para simplificar, vamos a dividirlo en dos grandes grupos: la responsabilidad de Alemania y la responsabilidad compartida. Vale la pena mencionar que uno de los grandes temas que aún hacen parte del debate es el que a continuación vamos a tratar.

1.1 La responsabilidad de Alemania

Ya antes de la guerra los políticos y la opinión pública manejaban las tensiones internacionales de forma maniquea. Cuando comenzó el conflicto, los alemanes culpaban a Rusia del estallido, los franceses y los ingleses, a Alemania. El Tratado de Versalles, que formuló la famosa cláusula de la responsabilidad de Alemania en el artículo 231, reflejó la continuidad de estas recriminaciones y condujo a castigar a este país con el pago de reparaciones y la pérdida de territorios. Según esta primera interpretación, Alemania había impuesto la guerra a los aliados. De ahí pues, que uno de los grandes debates gire alrededor de la responsabilidad de Alemania en el conflicto.

En términos de corta duración y de historia política, muchos autores han continuado con la idea de la culpabilidad arguyendo que los alemanes tenían en sus manos la decisión, ya que únicamente ellos podían respaldar a Austria-Hungría. Una afirmación al respecto agrega que en Alemania muchos hablaban a favor de la guerra y en 1914 los germanos estimularon a los austriacos a que actuaran. Alemania, incitada por sus generales, la provocó de forma deliberada. Austria no hubiera actuado sin el “cheque en blanco” que le habían dado los alemanes —es decir sin el apoyo total alemán.³ Renouvin hizo hincapié en el juego peligroso de Alemania cuando en 1914 le dio a Austria un apoyo total teniendo en cuenta, al mismo tiempo, a una Rusia que no aceptaría una derrota diplomática.

Pero sin duda uno de los historiadores más famosos y quien en 1961 causó un gran revuelo en la discusión, es el alemán Fritz Fischer. En contra de la versión que postulaba un “deslizamiento” hacia el conflicto o una guerra defensiva, Alemania, contando con la neutralidad inglesa, representó el factor decisivo en la responsabilidad histórica de 1914, y, utilizando la crisis, calculó el conflicto con Rusia y Francia. Su élite planeaba la hegemonía continental y estaba dispuesta a ir a la guerra para realizarla. En la crisis de julio de 1914 se arriesgó al conflicto entre Serbia y Austria alentando a esta para que atacara a aquella —aun sabiendo que el conflicto no sería local. En otra de sus obras, planteó que a más tardar desde 1911 Alemania ya tenía objetivos claros y que no se trataba de una improvisación. Fischer, además, analizó los mecanismos sociales: las tensiones entre los sectores tradicionales, la monarquía y la clase hacendada *Junker*, y los nuevos industriales y comerciantes. Se trataba de un método novedoso que trastocaba la tradición alemana basada en la propuesta rankeana del *Primat der Außenpolitik* (la primacía de la política exterior). El gran

³ Norman Stone, *La Europa transformada, 1878-1991* (México: Siglo XXI, 1985) 373-374.

crecimiento económico había fortalecido la industria y el comercio, creado una gran clase obrera, estimulado una política mundial y promovido la construcción de una flota que competía con la de Gran Bretaña. Las élites, tradicionales y nuevas, le temían entonces a la socialdemocracia que se había convertido en el partido más grande del parlamento. La guerra cumpliría así una doble función: en el exterior, unir a Alemania contra un enemigo común externo y, en el interior, aplastar a los socialistas.⁴ Se trataba de una explicación a partir de causas internas que ampliaba las variables explicativas y que, además, planteaba una continuidad entre la política de las élites y de la potencia. Nada se había improvisado en esta guerra de agresión.

Hans-Ulrich Wehler, haciendo también hincapié en la política interna, continuó con estos lineamientos con su famosa tesis del “imperialismo social” definida como el giro hacia afuera de las tensiones internas y fuerzas de cambio para preservar el orden tradicional establecido y para contener los efectos subversivos de la industrialización en la estructura económica y social. Combinando teorías de crecimiento económico, cambio social y fuerza política, la idea consistía en establecer vínculos entre los problemas de desarrollo económico inestable en los países industriales y los cambios en sus estructuras sociales y políticas.⁵ En dos de sus famosos libros⁶ argumentó que el curso de Alemania no fue decidido por fuerzas externas sino por las decisiones que resultaron de la situación interna socioeconómica y política. El Segundo Imperio era una extraña mezcla de industrialización capitalista muy exitosa y modernización socioeconómica por una parte, e instituciones preindustriales, relaciones de poder y cultura de vieja data por otra –una mezcla inestable cuyas tensiones condujeron a opresión interna y manipulación, y a una política exterior agresiva. La guerra no fue el resultado de una planificación a largo plazo sino de la incapacidad de las élites para afrontar los problemas de un mundo que se estaba democratizando.⁷

⁴Nos referimos a dos de sus famosas obras, *Griff nach der Weltmacht: Die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschlands 1914-1918* (Dusseldorf: Droste, 1961) y *Krieg der Illusionen: Die Deutsche Politik von 1911 bis 1914* (Dusseldorf: Droste, 1969). Con estas obras se inició en la historiografía alemana el famoso “debate Fischer”, lo cual rompió con una serie de esquemas tradicionales y decimonónicos en Alemania que se fundamentaban en el Estado, la política, los hechos y los personajes. Junto con otros autores, como Hans-Ulrich Wehler, la historiografía alemana, más tarde que en otros países, tomaba así un nuevo rumbo: el de la historia social. Detalles al respecto en Georg G. Iggers, *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert: Ein kritischer Überblick im internationalen Zusammenhang* (Gotinga: Vandenhoeck und Ruprecht, 1996). Existe traducción al español: *La ciencia histórica en el siglo XX: Las tendencias actuales* (Barcelona: Idea Universitaria, 1998).

⁵Hans-Ulrich Wehler, “El crecimiento industrial y el imperialismo alemán temprano”, *Estudios sobre la teoría del imperialismo*, Roger Owen y Bob Sutcliffe (México: Nueva Era, 1978) 83-103.

⁶*Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918* (Gotinga: Vandenhoeck und Ruprecht, 1994), primera edición 1973, obra clásica que, a nuestro entender, nunca se tradujo al español; de más reciente publicación uno de los tomos de su gran obra sobre la historia de Alemania, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte: Von der “Deutschen Doppelrevolution” bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges, 1849-1914*, vol. 3 (Munich: C. H. Beck, 2002).

⁷Hans-Ulrich Wehler, “Bismarcks Imperialismus 1862-1890”, *Imperialismus*, comp. Hans-Ulrich Wehler (Düsseldorf: Athenäum, 1979) 259-288. De esta tesis, inicialmente sugerida para la Alemania bismarckiana, el propio autor más tarde diría que se podía aplicar a la época del imperialismo en

En este orden de ideas en torno a la causa única, la obra clásica de Luigi Albertini plantea una secuencia de tipo positivista con hechos de corta duración, en la medida que le dedica dos gruesos volúmenes a la diplomacia durante las seis semanas que duró la crisis. Esta interpretación muestra a una Alemania expansionista y se inicia con el magnicidio del príncipe heredero.⁸

Pero no solamente el papel de Alemania ha estado en la mirilla de los historiadores. En ocasiones se ha tenido en cuenta la responsabilidad, por ejemplo, de Austria. Planteando razones de índole interna, se argumenta que ésta necesitaba la guerra. Su imperio multinacional estaba en peligro por el auge nacionalista serbio, y como Serbia era considerada como adalid de los nacionalismos, había que aplastarla para que sobreviviera el imperio austriaco.

1.2 La responsabilidad compartida

De una forma paralela, comenzaron a gestarse tesis que denominaremos de la responsabilidad compartida y que también fueron ampliando poco a poco las variables explicativas.

Wilson, el presidente norteamericano de aquel momento, afirmaba que la diplomacia secreta y la codicia de las potencias las condujo al conflicto. Lloyd George, el entonces primer ministro británico, argumentó que las naciones se deslizaron hacia la guerra y que no existía una voluntad bélica en ninguna de las partes: los hechos perdieron el control.

Durante la primera posguerra, en la recién fundada República de Weimar, historiadores y escritores se pusieron manos a la obra para demostrar la injusticia de la cláusula de la culpabilidad. El gobierno contribuyó publicando volúmenes de documentos, y en la escuela se enseñaba que Rusia, Francia e Inglaterra querían la guerra y la desataron. Acaso, se argumentaba, ¿no fue Rusia la primera potencia en decretar la movilización general? Debido a su posición central, ¿no estaba Alemania objetivamente amenazada? ¿Qué opciones tenía? ¿Defenderse de un posible ataque? ¿Qué se le podía criticar a Austria por su comportamiento con relación a Serbia si esta poco antes había agredido victoriosamente a un vecino? Se planteaba, además, que Alemania había llevado a cabo una guerra defensiva.

Más adelante, estas tesis iniciales se sustentaron de forma académica. Por ejemplo, el historiador alemán Gerhard Ritter habló del “curso inevitable de las declaraciones de guerra” indicando que los orígenes se encontraban en una explosiva combinación de un manejo deficiente de las crisis políticas en el contexto de un armamentismo forzado y de unos planes militares a largo plazo de todas las

general.

⁸ Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, 3 vols. (Londres/Nueva York: Oxford University Press, 1952-1957), citado por Klaus Hildebrand, *Deutsche Aussenpolitik 1871-1918* (Munich: Oldenbourg, 1994) 67 y 80.

potencias europeas. Ritter argumentaba que los líderes civiles fueron manipulados por los militares y concluyó que no había razón para creer que los alemanes no desearan la paz.⁹ Décadas más tarde, Hobsbawm planteó que “El origen del conflicto se halla en el carácter de una situación internacional cada vez más deteriorada, que fue escapando progresivamente al control de los gobiernos”.¹⁰

Incluyendo no sólo a Alemania sino también a Austria-Hungría y a Rusia —la crítica se dirige a las monarquías—, Mommsen sugirió que los orígenes de la guerra se situaban en la incapacidad del sistema político, que no supo adaptarse a una época de rápido cambio social y a las nuevas condiciones que fueron creadas por una sociedad moderna de masas. El débil gobierno, al no poner en práctica reformas constitucionales que hubiesen canalizado las opiniones de los diversos líderes políticos, quedó dependiente de las élites tradicionales e intransigentes que gozaban de una capacidad decisoria no proporcional a su verdadera importancia dentro de la sociedad. La situación política interna había cambiado pero no se reflejaba en la toma de decisiones.¹¹

Aquí también cabe mencionar las múltiples interpretaciones de las teorías del imperialismo. Las publicaciones son muy numerosas, sus enfoques muy variados y su interdisciplinariedad visible, ya que, por ejemplo, pueden combinar políticas económicas con relaciones internacionales y, aunque no todas se refieren en concreto a la Primera Guerra Mundial, contribuyen a la discusión de los orígenes. Las primeras versiones datan de aquella época y provinieron del liberalismo de izquierda y de la socialdemocracia. Las diversas lecturas querían explicar la expansión a partir de las fuerzas internas económicas de los estados europeos y el impacto que esta tenía en las relaciones económicas y sociales.¹² Partiendo de escritos de Lenin y otros teóricos, las izquierdas socialista y comunista sostenían que la explicación radicaba en los conflictos inherentes al sistema capitalista que, a su vez, se había transformado en imperialista —ésta habría de convertirse en la versión oficial de los países del socialismo real. Se trataba de una disputa económica entre los imperialistas por los mercados, las materias primas y la división del mundo. Había una conexión inevitable entre el capitalismo y la guerra, pues el conflicto fue desatado por los “capitalistas monopolistas” y por el ejército.

⁹ Gerhard Ritter, *Staatskunst und Kriegshandwerk: Das Problem des Militarismus in Deutschland 1890-1918*, vol. 2 (Munich: Verlag R. Odenburg, 1965)

¹⁰ Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914* (Barcelona: Labor, 1989) 311.

¹¹ Wolfgang Mommsen, *Imperial Germany, 1867-1918: Politics, Culture, and Society in an Authoritarian State* (Londres/ Nueva York: Arnold, 1998), especialmente el capítulo “Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914” 163-188.

¹² Sobre las diversas teorías del imperialismo, véase Wolfgang Mommsen, *Imperialismustheorien* (Gotinga: Vandenhoeck und Ruprecht, 1977); del mismo autor, *Der europäische Imperialismus: Aufsätze und Abhandlungen* (Gotinga: Vandenhoeck und Ruprecht, 1979). Una discusión bibliográfica sobre el tema se incluye en Gregor Schöllgen, *Das Zeitalter des Imperialismus* (Munich: Oldenburg, 1991) 91-164.

La guerra constituyó, entonces, una lucha entre los imperialistas por una nueva repartición del mundo.

Criticando las tesis económicas sobre el imperialismo y analizando desde la cultura, Mommsen argumenta que las causas primigenias radican en el nacionalismo extremo de aquellas capas que en el desarrollo de la sociedad industrial fueron propulsadas hacia arriba—mas no se encuentran en las supuestas necesidades económicas por los mercados de ultramar. El imperio colonial les parecía a los contemporáneos una condición de grandeza nacional y no de una futura prosperidad económica. El nacionalismo se convirtió en imperialismo y la antesala de la guerra estuvo signada por energías nacionalistas que se desarrollaron en el contexto del crecimiento de las fuerzas democráticas y que condujeron a nuevos momentos de agresividad en las relaciones internacionales.¹³

Algunos autores han escudriñado en la toma de decisiones y en el papel de las alianzas: contribuyendo a la tesis de la repartición de responsabilidades—por encima de los grandes lineamientos estructurales—, combinan relaciones internacionales con la coyuntura. Por ejemplo, se señala que Alemania no tenía otra opción diferente a la de defender a Austria a como diera lugar. Su respaldo irrestricto estimuló las decisiones de éste último, ya que sabía que Rusia estaba decidida a auxiliar a Serbia. La fortaleza alemana estaba basada también en la posición central que geográficamente ocupaba y de la que su aliado formaba parte fundamental. Así, Alemania rompería el cerco, es decir, acabaría con la alianza enemiga al oriente y al occidente de sus fronteras—que no era una fantasía de sus élites. La *Entente* tenía un objetivo claro: contener a Alemania, en lo cual dicho sea de paso, el debate está de acuerdo desde la década de los veinte.¹⁴ Rusia tenía que respaldar a Serbia a como diera lugar o si no perdería su influencia en los Balcanes y su prestigio como potencia paneslava. Francia, por su parte, no iba a abandonar a Rusia, inclusive si se llegase a un conflicto abierto, pues quedaría aislada en el continente para enfrentarse a Alemania. Serbia, contando con la ayuda rusa, actuó para posicionarse mejor en los Balcanes. Así pues, Belgrado aceptó el desafío austríaco.

En un sentido análogo, Farrar arguye que la respuesta de Berlín fue determinada por la evaluación que hizo de su alianza. Plantea que Alemania tuvo que someterse a las reglas de la política internacional optando por los dictados de la época, es decir, considerando el concepto de potencia al que estaba obligada: “su deber consistía en preservar a Austria-Hungría y no la paz”. En efecto, hay que tener en cuenta las emociones y percepciones predominantes de los responsables. No había otra posibilidad.¹⁵

¹³ Wolfgang Mommsen, *Das Zeitalter des Imperialismus* (Hamburgo: Fischer, 1969); existe traducción al español, *La época del imperialismo*, Siglo XXI, varias ediciones.

¹⁴ Schöllgen 152.

¹⁵ L.L. Farrar, Jr., *Arrogance and Anxiety: The Ambivalence of German Power, 1848-1914* (Iowa

Los historiadores de las mentalidades y de las ideas también han contribuido a la tesis de la responsabilidad compartida. Por ejemplo, postulando que las ideas, las filosofías –como los pasados míticos– y la opinión pública eran guerreristas en todos los países. Otros han estudiado cómo el pensamiento de los responsables, que los condujo a una limitación en sus actuaciones, fue formado por elementos distintos, tales como la cultura, la planificación militar, el imperialismo, la economía y la opinión pública. La guerra, sobretodo, hacía parte de una mentalidad política normal de la que nadie se imaginaba que podría acarrear las fatídicas consecuencias que trajo consigo; resultó de una serie de fatales decisiones y de cálculos incorrectos de los políticos y los militares –que eran prisioneros de su tiempo. De ahí que haya que entender unos valores, un contexto y unas largas duraciones mentales.¹⁶

Veamos, para terminar, dos ejemplos que combinan varios elementos. En el contexto de una muy larga duración –los últimos 500 años– y la rivalidad entre las potencias, Kennedy privilegia la política interior, postulando que en todos los países reinaba la necesidad de movilizar recursos nacionales con el fin de reforzar el poder de las élites gobernantes, de los militares y, en el siglo XIX, de las organizaciones imperialistas. A esto le agrega una visión del mundo compuesta por lucha, competencia, cambio y utilización de la violencia. A finales del siglo XIX, el sistema internacional era más inestable y complejo debido a la velocidad de los cambios tecnológicos y de los crecimientos desiguales. Los líderes eran importantes, ya que tenían la tarea de organizar los recursos decisivos: la producción industrial, la ciencia y la tecnología. Estaba comenzando una era con nuevos tipos de guerra –se incluye aquí la Segunda Guerra Mundial. También se trae a colación la competencia internacional que incluye unas alianzas cada vez más rígidas y que ya se dibujaban desde la época de Bismarck. A comienzos del siglo XX, los Balcanes se tornaron peligrosos: el auge serbio, la influencia alemana en Turquía. Una chispa bastó y ella fue encendida en Sarajevo; los austríacos rechazaron la condescendiente respuesta serbia a su ultimátum, siendo este uno de los ejemplos en donde los políticos no tuvieron mucho tiempo para tomar decisiones, pues los militares intervinieron rápidamente.¹⁷

Con el título de uno de sus capítulos, “La guerra inevitable”, Marc Ferro resalta el carácter imperialista global y el desarrollo desigual que produjo un sistema de alianzas y competencia. Siguiendo el ejemplo franco-inglés, Alemania se convirtió a la idea de la expansión. Dándole primordial importancia a las relaciones anglo-germanas, el autor señala que Alemania manifestó más impaciencia y agresividad, mientras que Inglaterra, afianzada y abastecida, era necesariamente conservadora y temporizadora. “Los espíritus estaban preparados...” para la guerra, como se demuestra ya antes de 1914

City: University of Iowa Press, 1981).

¹⁶ James Joll, *The Origins of the First World War* (Londres/ Nueva York: Longman, 1984).

¹⁷ Paul Kennedy, *Aufstieg und Fall der grossen Mächte: Ökonomischer Wandel und Militärischer Konflikt von 1500 bis 2000* (Francfort del Meno: Fischer, 1992) 378-389; existe traducción al español, *Auge y caída de las grandes potencias* (Barcelona: Plaza y Janés, 1989).

en la gran cantidad de literatura sobre temas bélicos. Además, prevalecía la idea de que el conflicto sería corto. Los alemanes, de todas maneras, inclinaron la balanza a favor de una solución radical en los Balcanes, pues los intentos de mediación inglesa les hicieron creer que con dicha mediación los británicos permanecerían neutrales y, por lo consiguiente, se aventuraron más lejos.¹⁸

A manera de crítica, podríamos afirmar que se está hoy en día lejos de las motivaciones eminentemente políticas para interpretar la guerra. Las tesis wilsonianas y las de Lloyd George representaban actitudes de políticos de turno que tenía intereses correspondientes: Wilson y su ideario liberal creía en un mundo más justo, o dirían algunos, mejor repartido. Lloyd George, pragmático por excelencia, temía que en Alemania triunfara la revolución bolchevique –por ello, argüía, no se la debía castigar. La República de Weimar quería probar su inocencia ante el mundo que la rechazaba. Eran diagnósticos que deberían corregir actitudes conducentes a una guerra o limpiar una imagen.

Igualmente, la tesis de la responsabilidad redactada en Versalles provenía de los vencedores para legitimar sus actos de castigo al enemigo. Las variables meramente económicas, como las presentadas por la izquierda, así como también el determinismo conducente a la guerra han sido desplazadas o complementadas por otras. Ni Serbia ni Austria-Hungría eran países de gran desarrollo capitalista y los Balcanes no presentaban grandes intereses económicos. No hay evidencia sobre capitalistas que injiriesen directamente en el estallido de la guerra y sí la hay sobre algunos que temían que el conflicto irrumpiera fatídicamente en sus negocios. Los recuentos de coyuntura diplomática llenos de decisiones y acontecimientos políticos y que hacen un relato exacto de los acontecimientos, como la obra de Albertini, ven también tan sólo una parte de la historia –la diplomática y política.

Inicialmente, las interpretaciones estaban muy ligadas a la discusión política y el objeto de análisis con el que todos tenían que ver estaba muy cercano. Igualmente, en el periodo de entreguerras la mayoría de publicaciones se centraban en la historia política y en las relaciones internacionales, por ejemplo, diplomacia y armamentismo. Las razones de este énfasis eran claras: saltaba fácilmente a la luz este tipo de relaciones, se escribía en la tradición decimonónica, y varios archivos estatales se pusieron a disposición de los historiadores. Inclusive esta propuesta continuó después de la Segunda Guerra Mundial

Pero, poco a poco, desde el período de entreguerras y sobretodo después de la Segunda Guerra Mundial, la investigación se puso de acuerdo en que para la comprensión de la gran complejidad de los acontecimientos y estructuras había que tener en cuenta no sólo la historia diplomática sino también variables económicas, sociales y culturales. La gran variedad en las explicaciones ha contribuido a abandonar aquella controversia inicial llena de tonos políticos emocionales para llegar a un debate sobrio, más alejado del objeto histórico.

¹⁸Marc Ferro, *La gran guerra, 1914-1918* (Madrid: Alianza, 1998) 21-97.

2. La Segunda Guerra Mundial

Veamos en tres duraciones una síntesis de los hechos –como la elaboramos para la Primera Guerra Mundial. Inscritos en una larga duración se encuentran los antecedentes decimonónicos (e inclusive anteriores), como el imperialismo y el *Sonderweg* o el “camino especial” de Alemania –que veremos más adelante. La mediana duración parte del sistema de Versalles y la década de los 20. Ve a Hitler y a los nazis como determinantes; continúa con la crisis de 1929 que terminó con la mejoría económica y la estabilidad política, conduciendo a las potencias al nacionalismo económico y a la autosuficiencia, además de producir extremismos políticos. En la década de los 30, ante la pasividad de la Sociedad de las Naciones y causando una crisis internacional, Japón invadió Manchuria en 1931, e Italia, a Abisinia en 1935. Los nazis llegaron al poder en 1933 y mientras consolidaban su poder en el interior, condujeron una política exterior moderada, en los mismos lineamientos de la República de Weimar, por ejemplo, firmaron un Acuerdo Naval con Inglaterra. Pero a mediados de la década se precipitaron las cosas. En 1936 ocuparon la zona desmilitarizada del Rin y Francia se sintió desprotegida. En marzo de 1938, invadieron a Austria. En el mismo año, la crisis por Checoslovaquia condujo a que a los alemanes en la Conferencia de Munich, con el beneplácito de Inglaterra y Francia, se les adjudicase la región de los Sudetes. Se trataba de la política inglesa del *appeasement* o apaciguamiento, que ideada por Chamberlain creía que a Hitler se le podía contener mediante concesiones territoriales. La corta duración, por ejemplo, se refiere a coyunturas económicas que precipitaron la guerra. Así, en septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia.¹⁹ Muchos problemas comenzaron a formularse. Nosotros los dividiremos, de nuevo, en dos grandes grupos: la culpabilidad de Alemania y la responsabilidad compartida.²⁰

2.1 La responsabilidad de Alemania

Aunque no existió un debate tan fuerte en torno a la culpabilidad de Alemania comparable al de la Primera Guerra Mundial –pues había un consenso en que Alemania había protagonizado la escalada hacia la guerra–, numerosos autores se han centrado desde diversas ópticas en las actuaciones alemanas. La discusión

¹⁹ Una buena síntesis de estos antecedentes en Philip Bell, “Hitlers War? The Origins of the Second World War in Europe”, *Themes in Modern European History, 1890-1945*, por Paul Hayes (Londres/ Nueva York: Routledge, 1992) 227-248.

²⁰ De variadas maneras se puede sistematizar la historiografía sobre Alemania. Véanse revisiones bibliográficas en Ludger Mees, “La ‘catástrofe alemana’ y sus historiadores: El fin del régimen nacionalsocialista 50 años después”, *Historia contemporánea* 13-14 (Bilbao, 1996): 465-484. Jane Caplan, “The Historiography of National Socialism”, *Companion to Historiography*, comp. Michael Bentley (Londres/ Nueva York: Routledge, 1997) 545-590; Stanley Payne, *Historia del fascismo* (Barcelona: Planeta, 1995) 553-659; Ulrich von Hehl, *Nationalsozialistische Herrschaft* (Munich: Oldenbourg, 1986) 49-116.

giraba alrededor de los criterios de continuidad o ruptura, es decir, sobre la larga o mediana duración. ¿Representaron los nacionalsocialistas una continuidad en los métodos y las propuestas? ¿Constituyeron una prolongación dentro de la historia alemana o europea? O, ¿eran novedosos?

La tesis de la continuidad o larga duración se muestra en la biografía sobre Hitler que escribió Alan Bullock: el nazismo tenía en Alemania largas y profundas raíces, y era la lógica conclusión del militarismo, del nacionalismo, la exaltación del Estado y el culto a la fuerza; Hitler concentró las fuerzas más siniestras de la historia alemana en la “destruccion vengativa” y en el dominio.²¹

Igualmente, en la historiografía alemana proliferan las visiones autocriticas: se trata de la tesis del *Sonderweg* o el “camino especial” del que hacen parte Kühnl, Fischer y Wehler.²² Algunos han preguntado por la identidad de las élites alemanas desde el Segundo Imperio, pasando por la República de Weimar, hasta llegar al Tercer Reich y las constantes de sus políticas exteriores. Desde un punto de vista marxista –haciendo un análisis de clase–, Kühnl señala que hay un camino directo desde el Segundo Imperio hasta el Tercer Reich. Las clases dominantes de la época imperial –las fuerzas feudales aristocráticas y las de la gran industria y la banca– pasaron incólumes a través de la república y continuaron su existencia en el nazismo. Ellas estaban presentes en las más diversas instituciones del Estado como también en la prensa, en la educación, en la Iglesia y en las asociaciones y las confederaciones. Es más, le dieron el poder a los nazis y estaban decididos “(...) a llevar adelante con nuevos y más efectivos medios, es decir, con el apoyo fascista, la guerra abierta [sic] en 1914 y perdida en 1918”.²³

Fritz Fischer en sus obras clásicas acusaba a Alemania, tal como sus vencedores lo habían hecho en ambas guerras. Mostró las dos arremetidas alemanas en sendas guerras como un decidido expansionismo alemán, y señaló una continuidad tanto en lo social, es decir, en la alianza entre el *Führer* y las élites tradicionales agrarias e industriales desde el Segundo Imperio, como también en los deseos de conquista. Se trataba de conservar las relaciones internas de la potencia. Al objetivo primario

²¹ Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny* (Londres: Odham, 1952).

²² El *Sonderweg* se pregunta por qué Alemania transitó por el fascismo o totalitarismo a diferencia de los países al occidente y al norte que eran altamente desarrollados. La tesis tuvo sus orígenes a finales del siglo XIX pero, en aquel momento, exaltaba la existencia de una Alemania distinta y positiva. Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, se le reinterpretó de forma crítica: se mira atrás en la historia, en los siglos XVII y XVIII, para identificar todo aquello que obstaculizó el desarrollo de la democracia liberal y que posibilitó el auge del nacionalsocialismo. Alemania transitó por un camino distinto a las demás potencias ya que contaba con una mezcla de un capitalismo triunfante y modernización socioeconómica y unas relaciones de poder y culturales e instituciones preindustriales que tensionaban la sociedad. La continuación de los elementos tradicionales a través de la República de Weimar permitió en parte el auge del nacionalsocialismo; véase un crítica al respecto en Jürgen Kocka, “German History before Hitler: The Debate about the German *Sonderweg*”, *Journal of Contemporary History* 23 (1988): 3-16.

²³ Reinhard Kühnl, *La República de Weimar: Establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia* (Valencia: Edicions Alfons El Magnànim, 1991) 324.

conservador-defensivo hacia adentro correspondía uno expansivo-ofensivo hacia afuera: “(...) la idea de una hegemonía, condición previa para que Alemania accediera al rango de potencia europea, era el patrimonio espiritual de amplias capas sociales en Alemania y el impulso predominante en los círculos dominantes del Estado, de la economía y de la sociedad”. Fischer comparó los objetivos de Alemania en las dos guerras: en 1914, Benthmann-Hollweg planeó la hegemonía sobre *Mitteleuropa*; Hitler la llevó a cabo. En Brest-Litovsk Ludendorff logró conquistar grandes territorios de Europa oriental, y Ucrania debería ser el granero de Alemania; Hitler conquistó este territorio por un tiempo. Hay pues, un parecido entre el concepto de *Lebensraum* (espacio vital), y los planes de la Liga Pangermánica de origen decimonónico.²⁴

De la misma manera, Hans-Ulrich Wehler analizó una situación, aunque haciendo aún más énfasis en lo interno, examinando la continuidad como la manifestación de un “extremo imperialismo social” que a través de la expansión intentaba frenar el progreso interno y distraer de la falta de libertad interna. No se trataba tanto de intereses económicos sino de la primacía del imperialismo social desde Bismarck hasta Hitler.

Las tesis de la ruptura o de la mediana duración parten del estudio del nazismo y lo ven como un fenómeno *sui generis* y, por lo consiguiente, el estallido de la guerra como su producto. En los años posteriores a la guerra se le quiso ver como un descarrilamiento, una aberración de la historia alemana, un régimen de conquistadores venidos prácticamente de la nada que impusieron su voluntad, y a Hitler como el “demonio” –descargando así la responsabilidad en un solo personaje. Se trataba, en ocasiones, de la tesis de la culpabilidad de un solo hombre: Hitler era singularmente perverso. La política exterior y la guerra no eran sino su producto y, sobre todo, eran únicas. Hitler no hacía parte de Alemania.²⁵

La discusión continuó, con ciertos de tonos de culpa moral, con “la tesis del programa”. ¿Había Hitler realizado una política exterior de manera planificada?²⁶ La respuesta se inscribía en una mediana duración: “Rara vez, o tal vez nunca en la

²⁴ Véase nota 4.

²⁵ Golo Mann, *A History of Germany since 1789* (Londres: Chatto & Windus, 1968); original en alemán, 1958.

²⁶ La bibliografía es inmensa: entre otros, Andreas Hillgruber, *Germany and the Two World War* (Cambridge, Mass./ Londres: Harvard University Press, 1995); del mismo autor, “Gründzuge der nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1945”, *Saeculum* 24 (1973): 328-345; y *Der Zweite Weltkrieg 1939-1945: Kriegsziele und Strategie der grossen Mächte* (Stuttgart/ Berlín: Kohlhammer, 1983), traducción al español, *La segunda guerra Mundial: Objetivos de guerra y estrategia de las grandes potencias* (Madrid: Alianza, 1995), en donde combina elementos de continuidad con los de ruptura. Señala que en categorías como potencia y hegemonía, así como también en la preponderancia de soluciones y subjetividades militares en política exterior, hay una continuidad. Esto explica la facilidad con que élites tradicionales se unieron al proyecto nacionalsocialista. Pero hay un quiebre cuando se superponen estos componentes con los objetivos radicales raciales ideológicos; Klaus Hilldebrand, *Das Dritte Reich* (Munich/ Viena: Oldenbourg, 1980); traducción al español, *El Tercer Reich* (Madrid: Cátedra, 1988); William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich* (Nueva York: Crest, 1962).

historia, antes de llegar al poder un gobernante había diseñado por escrito lo que después realizó”.²⁷ Según esto, el motivo esencial de la política fue un programa fijo ideológico y racial. Hitler, cumpliendo una función activa, había planeado la guerra desde los inicios de su carrera política. Citando a *Mein Kampf*, el *Segundo Libro* y otros escritos, se señala que Hitler había diseñado una serie de etapas para lograr la hegemonía continental. Pivote fundamental constituiría la alianza con la Gran Bretaña, la destrucción de la Unión Soviética, la disminución de Francia y la alianza con Italia. La Gran Bretaña debería de mostrarse condescendiente porque, por un lado, la amenaza bolchevique desaparecería y, por el otro, permanecería intacto su imperio, pues Alemania no presentaría reivindicaciones coloniales. Se vincularon ideales racistas y antisemitas con la conquista del “espacio vital”: la adquisición de territorios en Europa oriental constituía la base para llevar a cabo el programa racial.

La política exterior nacionalsocialista se analizó a la luz de esta tesis –la fuerza motriz era la ideología hitleriana. Así, Hildebrand rechaza una línea directa de Bismarck a Hitler, ve una ruptura en la conquista racial y dominación mundial y analiza las crisis internacionales como producto del decidido rumbo emprendido por Alemania hacia la guerra, el cual con el ataque a Polonia provocó la entrada de las potencias al conflicto.²⁸ Karl Dietrich Bracher agrega que hay que tener en cuenta aquellas “(...) metas de dominio y expansión, que trascendían la política tradicional de poder (...) [y] la radical coherencia con las que estas metas fueron perseguidas (...)”, que hacen única a Alemania. Hitler “(...) poseía los atributos decisivos: la fijación en ideas radicalmente transformadoras, la decisión de realizarlas a cualquier precio y la capacidad de movilizar medios y masas para lograrlo.”²⁹ Igualmente, Jacobsen plantea una brusca transformación revolucionaria, visible no solamente en el violento reordenamiento europeo de acuerdo a principios raciales, sino también en los métodos e instrumentos a través de los cuales las viejas élites y sus instituciones fueron desposeídas.

Finalmente, mirando la guerra como producto de una coyuntura económica alemana, haciendo un énfasis en lo interno y rechazando la planificación del conflicto, Timothy Mason se cuestiona los orígenes y la función del inicio de la guerra. Alemania estaba a punto de sufrir una crisis en el sistema económico y de dominio. La preparación para la guerra desde la primavera de 1939 presentaba indicios de una excesiva tensión de los recursos, que podía generar una inflación y disturbios populares. Así, la política exterior de Hitler era limitada por la situación interna económica y política. Tan sólo a través de la conquista de territorios, de sus recursos y de su mano de obra, podía evitarse una crisis del sistema. La gue-

²⁷ Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1981) 7; del mismo autor, *Hitler in History* (Hannover/ Londres: Brandeis University Press, 1984), especialmente el capítulo “Hitler Wages War” 23-43.

²⁸ Klaus Hildebrand, *Deutsche Aussenpolitik 1933-1945, Kalkül oder dogma?* (Stuttgart: Kohlhammer, 1980).

²⁹ Karl Dietrich Bracher, *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo, democracia* (Barcelona/ Caracas: Alfa, 1983) 79.

rra se constituyó, entonces, en una estrategia para evitar una crisis en el nivel de vida, continuar el armamentismo y desviar los conflictos internos políticos hacia una lucha patriótica contra un nuevo cerco. El resultado fue la *Blitzkrieg* o guerra relámpago: guerras cortas que necesitaban menos armas y mantenían el nivel de vida. Así se mantuvo la satisfacción material de las masas a través de la expansión. Eran acciones improvisadas de un hombre que respondía a presiones estructurales y funcionales y que había perdido el control de sus políticas.³⁰

2.2 Otros actores: la Gran Bretaña o la Unión Soviética

La investigación también se ha centrado en la controversial política de las otras potencias, es decir, la pregunta se dirige a la manera directa o indirecta en que las potencias permitieron el auge alemán o, por lo menos, no le pusieron ningún obstáculo decisivo o, inclusive, lo provocaron. Un ejemplo de esto data de 1948: en el contexto de la Guerra Fría se publicaron una serie de documentos sobre las relaciones entre nazis y soviéticos que señalaban a Stalin y a Hitler como culpables del inicio de la guerra.³¹

Pero mucho más famosa fue la interpretación de Ernst Nolte. Si bien él enlazó las dos guerras –ambas tuvieron su origen en las mismas causas: los esfuerzos expansionistas del Imperio prusiano-alemán–, al mismo tiempo consideró la Segunda Guerra Mundial como una respuesta al bolchevismo y a la Unión Soviética. Se trató de una guerra civil europea cuyas líneas divisorias entre los frentes se entrecruzaban en casi todos los pueblos del mundo. Tomando como centro de la discusión las relaciones entre comunistas y nacionalsocialistas y entre Alemania y la Unión Soviética, planteó que todo comenzó en 1917 cuando Lenin, jefe y fundador de un gran Estado y partido ideológicos, predicó una lealtad supranacional y convocó a las masas a una guerra civil y a una rebelión armada. Como reacción a este desafío, ascendieron al poder los nacionalsocialistas, quienes fundaron un segundo gran Estado ideológico que también contaba con grandes apoyos supranacionales. Hitler estaba convencido de haber hallado la mejor y más duradera respuesta al desafío bolchevique –mejor que la de las democracias occidentales.³²

³⁰ Timothy Mason, “Some Origins of the Second World War”, *Past and Present* 29 (1964): 67-87; del mismo autor “Innere Krise und Angriffskrieg”, *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, comps. Forstmeier y H. E. Volkmann (Düsseldorf: Droste, 1975) 158-188; una variación al tema en C. Bloch, “Die Wechselwirkung der nationalsozialistischen Innen- und Aussenpolitik 1933-1939”, *Hitler, Deutschland und die Mächte*, comp. M. Funke (Düsseldorf: Droste, 1976) 205-221; véase el debate en Ian Kershaw, *Der NS-Staat: Geschichtsinterpretationen im Überblick* (Hamburg: Rowolt, 1988) 89-126; versión inglesa, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation* (Londres: Arnold, 2000) 47-68.

³¹ United States, Department of State, “Nazi-Soviet Relations, 1939-1945”, *Documents of the Archives of the German Foreign Office* (Washington D.C.: 1948).

³² Ernst Nolte, *Der Europäische Bürgerkrieg 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus* (Frankfurt del Meno/ Berlín: Propyläen, 1989); existe traducción al español, *La guerra civil europea*,

Otro ejemplo es el de la famosa y controversial política del *appeasement*. Ya en aquella época Churchill, acusando de miope a Chamberlain y su obra, señaló que la Gran Bretaña había intentado comprar paz a través de métodos no honorables y desastrosos. No honorables porque condujeron a traicionar a pequeños estados como Checoslovaquia en Munich, y desastrosos porque ocasionaron una guerra en condiciones terribles cuando Alemania era ya demasiado fuerte.

La política del *appeasement* también ha sido calificada como una política ambigua que Hitler interpretó como si los ingleses le estuvieran permitiendo la expansión en Europa oriental. Se critica, por una parte, a la opinión pública inglesa que veía con buenos ojos el apaciguamiento en vez de haber advertido los peligros reales. Por otra, a Chamberlain, quien creyó erróneamente en la igualdad de fuerzas, y tanto en que Hitler hacía parte de una política revisionista y moderada en la tradición de la República de Weimar, como en que el injusto orden establecido en Versalles debía ser revisado. Pero el primer ministro británico nunca llegó a comprender que los sistemas de valores de la democracia y de la dictadura eran distintos: Hitler cuestionaba no solamente el *status quo* internacional sino todo el sistema internacional. En 1938 no sólo no se debió ir a Munich, sino que se debió luchar, pues Alemania, además, no estaba preparada para la guerra. Las democracias eran, pues, culpables de la guerra.³³

2.3 La responsabilidad compartida

Otros autores ven el problema de los orígenes en aquello que ya hemos llamado la tesis de la responsabilidad compartida, inscrita, a su vez, en la continuidad de la historia de Europa. En la inmediata posguerra, el ilustre historiador alemán Friedrich Meinecke se convirtió en el primero que intentaba mirar contextos que rebasaban la historia de Alemania—estudiando las condiciones alemanas y europeas del régimen. Al régimen nazi lo veía como una variante de un fenómeno paneuropeo que contenía similitudes y antecedentes en los sistemas de los países vecinos. Las raíces de la “catástrofe alemana” se encontraban en las ilusiones optimistas de la Ilustración y la Revolución francesa, en el racionalismo y en la democracia y en el materialismo de la Europa moderna, es decir, en la búsqueda de beneficio. Al

1917-1945: Nationalsozialismus y bolchevismo (México: FCE, 1996); del mismo autor, *Después del comunismo: Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX* (Barcelona: Ariel, 1995), especialmente los capítulos “La guerra civil europea, 1917-1945” y “Alemania como Estado nacional y la catástrofe de 1945”; y *Die faschistischen Bewegungen: Die Krise des liberalen Systems und die Entwicklung der Faschisten* (Munich: DTV, 1975). Las dos primeras obras hacen parte de una gran controversia que Nolte inició en 1986 y que se conoce como el *Historikerstreit* o “la querrela de los historiadores”. Nolte afirmaba allí una posición conservadora y revisionista de la historia de su país y trataba de acabar con las manchas que el nacionalsocialismo todavía lanzaba sobre la Alemania democrática—la cual fue duramente criticada por otros historiadores.

³³ Anthony Adamthwaite, *The Making of the Second World War* (Londres: Allen and Unwin, 1977), citado por Hörst Möller, *Europa zwischen den Weltkriegen* (Munich: Oldenbourg, 1998) 191-192.

mismo tiempo, sin embargo, tenía en cuenta antecedentes del régimen nazi como el militarismo de Prusia y del Segundo Imperio y su política.³⁴

A finales de la década de los 40, Ludwig Dehio vio los lineamientos fundamentales de la historia germano-prusiana en la tendencia a la expansión desde mediados del siglo XVII, pero en el contexto de una lucha por el “equilibrio o la hegemonía” que él consideraba el motor del sistema de estados de la Europa moderna. El Tercer Reich representaba, entonces, una nueva y última embestida de una potencia continental. Así mismo, calificó las dos guerras mundiales como “dos actos del mismo drama”, y los antecedentes y el transcurso de los conflictos como una doble arremetida por la hegemonía en Europa.³⁵

Pero la obra clásica y provocadora del mundo anglosajón provino de A.J.P. Taylor (1961), quien contradujo las ideas que muchos compartían en ese momento. Atacaba la tesis de la culpabilidad de Hitler planteando que el estallido de la guerra fue “consecuencia de un accidente internacional”; que el conflicto no tuvo lugar entre dictadura y democracia, sino entre tres potencias sobre el orden establecido en Versalles; Alemania se comportaba, pues, como una potencia cualquiera, la diferencia consistía en que era más codiciosa que otras. No se estudiaba el hitle-rismo y su ideología sino el paralelo entre Guillermo II y Hitler como actores de Alemania y de Europa. La esencia de la narración consistía en ver en la historia contemporánea a una Alemania que deseaba ser hegemónica en el centro y oriente europeos. Se argumentaba como si no hubiera habido una ruptura con el siglo XIX: las continuidades estaban en un país que tenía planeado dominar a Europa central y oriental. El tratamiento no era maniqueísta: se trataba de una interpretación de la *Realpolitik*, pues no era un relato determinista en el que la lógica condujese a Alemania a desencadenar una guerra, como tantos autores lo veían en aquel momento, ya que los hechos eran complicados y contradictorios. Hitler, continuaba Taylor, era un político normal, un improvisador que supo responder a los eventos en la medida en que iban ocurriendo, y supo beneficiarse de ellos. Su política exterior era el producto de pequeñas intrigas y maquinaciones típicas del régimen. La retórica hitleriana era cháchara sin sentido digna de una taberna de cerveza y a la que no había que prestar atención. Taylor quería mostrar tanto la complejidad de la historia, como los complejos intereses e ideologías que impulsaron hacia la guerra.³⁶

³⁴ Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe: Betrachtungen und Erinnerungen* (Wiesbaden: Eberhard Brackhaus, 1946)

³⁵ Ludwig Dehio, *Gleichgewicht oder Hegemonie: Betrachtungen über ein Grundproblem der neuen Staatengeschichte* (Krefeld: Scherpe O. J., 1948).

³⁶ A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Londres: Hamish Hamilton, 1961); para una visión sobre la trascendencia de la obra de Taylor, véase Gordon Martel, comp., *The Origins of the Second World War Reconsidered: A.J.P. Taylor and the Historians* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1999).

Tanto Taylor como Dehio proponían la visión de una lucha entre potencias como entes individualizados que se caracterizaban por su cohesión interna y su aspiración a ejercer influencia sobre otras potencias. La guerra era considerada como la última opción. Así, el juego por el poder en el escenario de la historia tenía siempre un trasfondo en el que nunca se descartaba el recurso a las armas. Era una lucha por el dominio y al mismo tiempo para mantener el equilibrio: la primacía de la voluntad de poder.

En términos estrictamente políticos y teniendo como marco de referencia la teoría del totalitarismo, Bracher argumenta que la guerra es la consecuencia de la “política de los dictadores”, es decir, de una mentalidad terrorista dirigida al exterminio de su enemigo político. Analizando las estructuras de la democracia y del totalitarismo con el prisma de los tipos ideales, indica que la represión interna contra el enemigo –típica del totalitarismo– se proyecta hacia el exterior. El origen se encuentra en la Primera Guerra Mundial y está muy relacionado con la inestabilidad de la época de entreguerras.³⁷

Las propuestas marxistas son muy variadas y hacen hincapié en las causas internas y sociales responsables del estallido de la guerra. Postulando una identidad entre sectores socioeconómicos y el Estado, se argumenta que la guerra fue el producto directo de los objetivos y esfuerzos de los sectores más chovinistas, reaccionarios e imperialistas del capital financiero y agrario, y del militarismo y del imperialismo prusianos que tenían como objetivo, inicialmente, el dominio en Europa y después, la lucha por la supremacía mundial. Hitler no cumplía una función activa, era el “agente” de la élite. Los marxistas señalaban una continuidad que se reflejaba en la tendencia inherente al sistema capitalista a la agresión y a una nueva repartición del mundo. Desde el Segundo Imperio hasta el Tercer Reich, el programa de estos sectores debería realizarse. No era una coincidencia que los objetivos de la Segunda Guerra Mundial estuviesen ligados a los de la Primera. Estas eran las tesis oficiales del bloque socialista y de muchas izquierdas en el mundo.

Haciendo un recuento en muy largas duraciones de la historia de Alemania y de Europa, Geiss indica que “(...) la arquitectura del sistema europeo (...) [da] (...) la respuesta a la pregunta sobre por qué la expansión alemana destruyó el sistema europeo en dos guerras mundiales”. La historia de los estados y del poder halla su expresión en el auge y la caída cíclicos de los centros de poder y el subsiguiente colapso en vacíos de poder. La larga historia de Europa muestra una pluralidad de poderes que compiten y evitan una unidad imperial hegemónica. Pero además Alemania tiene características propias: su posición central. Ningún país limita con

³⁷ Karl Dietrich Bracher, *La dictadura alemana: Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, 2 vols. (Madrid: Alianza, 1973); también como una gran representante de esta visión desde el totalitarismo, Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 3 vols. (Madrid: Alianza, 1968); ambos autores estuvieron muy en boga durante las décadas de los 50 y 60.

otros tantos como Alemania, y si se quiere expandir, como lo han querido hacer las nuevas potencias, tiene que ser en detrimento de otras.³⁸

En el mismo orden de ideas sobre la responsabilidad compartida, algunos han planteado que el camino hacia la guerra se basó en una paulatina desestabilización del orden internacional que permitió a los dictadores, sobre todo a Hitler, llevar a cabo sus planes expansionistas. De acuerdo con esta visión, el sistema de Versalles –en el sentido de la mediana duración del término– se puede considerar como una de las causas principales de los desórdenes en las relaciones internacionales que condujeron a la Segunda Guerra Mundial: los perdedores de la Primera Guerra Mundial señalaban que la causa de sus angustias estaba en las determinaciones políticas y económicas impuestas en Versalles. Así, se abrió el camino a las fuerzas que preparaban una catástrofe –por ejemplo, a la Alemania castigada, que exigiría una revancha, pues para ella se trataba de una paz impuesta.

La desestabilización desde una perspectiva política y mundial contiene aquellas fechas a las que ya nos referimos cuando hicimos una síntesis de los hechos que ocasionaron la guerra. Agreguemos que continuó con la guerra civil española (1936-1939), en la que las potencias no sólo no intervinieron, sino que nada hicieron contra las intromisiones alemana e italiana. Seguirían la invasión a Austria y la Conferencia de Munich en 1938. Aquí estarían las razones del “desplazamiento del poder”. Hitler y Mussolini se sentían los señores de la situación: tomaban la iniciativa debido a la pasividad de las potencias occidentales con respecto a España y a la invasión italiana a Abisinia. Era el cambio en la situación internacional el que estimulaba a Alemania a una política de expansión continental, siendo esto último, además, una novedad, pues ya no se trataba del expansionismo decimonónico que estaba dirigido a la adquisición de colonias.³⁹

Desde la óptica de un problema amplio –un siglo signado por catástrofes o “la era de los extremos”–, Hobsbawm interpreta las décadas entre las dos guerras mundiales como la guerra de los treinta y un años. El Tratado de Versalles no constituyó la base para una paz duradera, estaba condenado al fracaso y, por lo tanto, creó las condiciones para una nueva contienda. Así mismo, es erróneo considerar la época de entreguerras en función del fascismo, pues hay que tener en cuenta el contexto del declive y la caída del liberalismo, es decir, el hundimiento de los valores e instituciones de la civilización liberal. Además, él, como muchos otros, le da a la crisis económica de 1929 un papel definitivo, ya que forjó, tanto los egoísmos nacionales, como la anarquía de los años de preguerra que provocaron la pérdida del sentido de la cooperación internacional. Sobre todo, “(...) si no se hubiera producido la crisis económica, no habría existido Hitler”.⁴⁰

³⁸ Imanuel Geiss, *The Question of German Unification 1806-1996* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1997).

³⁹ Hermann Graml, *Europa zwischen den Kriegen* (Munich: DTV, 1976) 341.

⁴⁰ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx, 1914-1991* (Barcelona: Crítica, 1996) 93, 141.

Así pues, por una parte, en la segunda mitad de la década de los 30 no había un contrapeso al poder de Alemania –había un vacío de poder europeo. Por otra parte, en las estructuras internas, muchos estados vivieron la derrota del Estado de derecho y la democracia. Se trataba de un doble vacío de poder: en política interna y en las relaciones internacionales.

A manera de crítica, señalemos que un coloquio de expertos organizado en 1989 por la Comisión Histórica Parlamentaria de Berlín y el Instituto de Historia Contemporánea, concluyó que la posición revisionista que da por probadas las acciones y reacciones relacionadas con una situación, es decir, la que rechaza la planificación a largo plazo, no es sostenible. Las críticas se refieren, entre otros, a un A.J.P. Taylor, quien calificara el estallido “como consecuencia de un accidente internacional” y disminuyera la voluntad de guerra de Hitler.⁴¹

A los marxistas se les critica aquella estrecha identidad entre el Estado y la economía, pues otros autores le han otorgado al Estado nazi, con diversas intensidades, una autonomía relativa. Más aún, este enfoque no tiene en cuenta las especificidades del nazismo, como los objetivos independientes de la política exterior y racial –lo que equivaldría a minimizar la agresividad específica de los nazis.⁴²

Otros críticos han argumentado que las consideraciones estratégicas eran de primer orden, es decir, que los factores económicos jugaron un papel, pero que también lo hicieron los factores militares e ideológicos. En este orden de ideas, la evidencia sugiere que las consideraciones económicas y sociales de corta duración representaron un papel menor en la política exterior y que la economía alemana era más fuerte que lo que opinaban sus críticos. Las preocupaciones de Hitler eran, más bien, sobre política exterior y racial.⁴³ A los apologetas de las tesis del totalitarismo se les ha criticado su politización y su carácter maniqueo como defensores de la democracia. Muchos defienden hoy por hoy los enfoques culturales.

3. A manera de conclusión

En términos históricos, para comprender los orígenes de las dos guerras mundiales hay que considerar toda una época, los siglos XIX y XX: una nueva Europa estaba surgiendo. Signada por grandes transformaciones y continuidades de las que hacían parte, con diversas intensidades, todos las potencias y en marcos de diversas duraciones, se hallaban sistemas económicos, políticos, sociales y mentales en los que hacían presencia el nacionalismo, la expansión y las rivalidades imperiales nuevas y tradicionales, la política exterior y la interior, la industrialización, el armamentismo, los personajes, la diplomacia y los discursos.

⁴¹ Möller 197-198.

⁴² Véase la discusión en Kershaw 95 ss, y en Marie-Luise Recker, *Die Aussenpolitik des Dritten Reiches* (Munich: Oldenbourg, 1990) 87 ss.

⁴³ R. J. Overy, *War and Economy in the Third Reich* (Oxford: Clarendon Press, 1994) 205 ss.

Pero también es válido preguntarse por la especificidad de la historia de Alemania, pues después de todo era un factor disruptivo fundamental. Hay que tener en cuenta el dilema de su seguridad, su posición central geográfica y la responsabilidad de sus dirigentes. Se hace indispensable, entonces, una historia que vincule la época con la singularidad de Alemania.

En ambas guerras se responsabilizó a Alemania –aunque con distintas intensidades, pues había un común acuerdo en que Hitler había desencadenado la Segunda forzando a Europa a entrar en ella. Pero al mismo tiempo, se planteó la idea de la repartición de las responsabilidades. La cuestión no es tan simple: de múltiples maneras se ha presentado el debate sobre estos dos grandes temas.

Algunos enfoques han sido criticados y en la actualidad no son considerados. Otros todavía señalan que la responsabilidad es alemana; por ejemplo, después de hacer una revisión historiográfica, Hening llega a esa conclusión sobre la Primera Guerra Mundial.⁴⁴ Asimismo, también después de redactar otra revisión de ese tipo, Möller concluye que si bien el desencadenamiento de la guerra está ligado a Hitler, la gran pregunta pendiente es: ¿de qué manera él contribuyó a la inestabilidad y creciente desestabilización de la época de entreguerras, que el aceleró, pero que ya existía antes de su ascenso al poder?⁴⁵ El debate continúa.

Reescribir ha sido una parte cardinal de la historia. Para reevaluar el pasado, los historiadores han recorrido por diferentes caminos, utilizando nueva información y adoptando nuevas perspectivas. Para algunos se trata de un lento camino hacia la verdad, para otros, de un pasado atado al presente del que escribe. Unos terceros unen ambas posibilidades. Nuestra conclusión, banal y eterna, es que la historia es muy compleja y amplia pero la sabiduría reside en reconocer las complicadas interrelaciones. Una historia que tenga en cuenta las múltiples posibilidades de explicación estaría de acuerdo con la ampliación que la historia como disciplina ha sufrido en las últimas décadas, pues una estricta separación de los problemas conduce a versiones parciales de la totalidad. Una explicación monocausal no debería hacer parte de la investigación actual. Así pues, no queremos jerarquizar las múltiples variables que nos parecen apropiadas sino más bien integrarlas de tal manera que reflejen la amplitud explicativa de la historia.

⁴⁴ Ruth Hening, *The Origins of the First World War* (Londres/ Nueva York: Routledge, 1995).

⁴⁵ Möller 198.

